



## ELADIO, ¿CÓMO ENCONTRARTE?

*Miguel Ángel Cañas Restrepo*

*En una de las tantas proyecciones programadas en las calles de Envigado, a Eladio se lo llevó una película. De pronto miramos hacia atrás, y la cinta rodaba y rodaba continuamente...*

*José Fernando Saldarriaga*

Y continúa rodando. Después de veinte años reemprendemos tu rollo, ELADIO CAÑAS RESTREPO.

Salgo a tu encuentro con la maravillosa historia de un visionario solitario que lidió en un lugar «equivocado» –paisa, traqueto y conservador–; y que también te alimentó con múltiples fuentes, nutriendo tus inquietudes y tu proyecto de cine-arte con criterio propio. Nos diste alas.

Este es un ejercicio de memoria común. Aquí hablamos algunos de tus admirados seguidores y de nuestra familia, en un ejercicio de intersubjetividad. Lo que no encontré lo he vuelto certeza, cofradía de amigos. Gracias.

Es la historia de un mártir; no en el sentido cristiano, sino como testimonio de una vida de nobles esfuerzos y principios, que murió en su causa.

**Corporación Fernando González - Otraparte**

Cra. 43A # 27A sur - 11 • Envigado, Colombia • (604) 448 24 04  
otraparte@otraparte.org • www.otraparte.org • NIT: 811.033.607-4

## Eladio

Una vertiginosa vida de aprendizajes y acciones en tan solo 33 años. A los 7 muere su hermano Pedro Pablo, a los 19 su padre y a los 24 Leo. Es proyecciónista del municipio de los 23 a los 26, realiza el cortometraje *Cara y crisis* a los 29, conoce La Nave a los 30, construye su proyector a los 31. Vivió intensamente y, como nadie, lo hizo todo en el cine: creación, producción, distribución, curaduría, transporte, proyección, disfrute, mantenimiento, reparaciones técnicas, amplificación, gestión, espectadores, conversa...

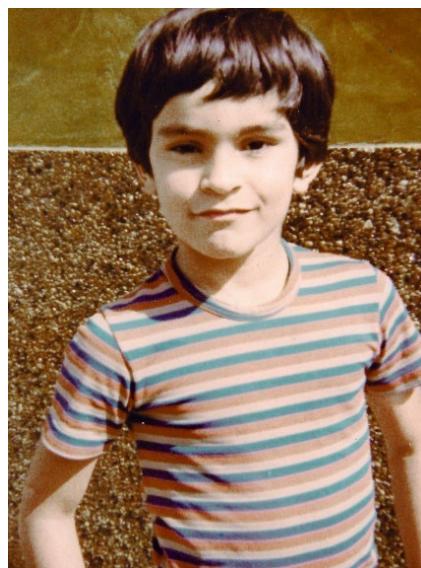


Foto del archivo familiar.

Fue el séptimo de los ocho hijos de José Arcenio y María Consuelo: Miguel Ángel, Leonardo, Pedro Pablo, Gloria Patricia, Juan José, Elkin Mauricio, Eladio y Cristina. En tanto fue creciendo, y los hermanos mayores se iban de la casa, se fue haciendo responsable de las tareas domésticas: estar pendiente de qué hacía falta en la cocina, facturas por pagar y reparaciones (para lo cual se convirtió en un especialista). Apoyó a nuestra madre después de la muerte de José Arcenio y sobre todo cuando asesinaron a Leo. Ella y Cristina fueron sus mujeres cercanas en las buenas y las malas, con quienes compartió momentos cruciales de su vida. Por eso fue a ellas a quienes más duro golpeó su ausencia sorpresiva, sumando ya tres la saga de muertes absurdas en la familia, que quedaba convulsionada y perpleja.

Se demoró mucho para empezar a hablar. Nuestra madre recuerda: «En la casa de una muchacha que me ayudaba arreglaban el pichoncito [de paloma]. Me lo traían para dárselo a comer, sin sal, porque no hablaba ni chicha». «Él no habla, pero entiende todo muy bien. Es cuestión de tiempo, doña Consuelo», le decía la muchacha.

Eladio no era el más aplicado en el colegio Jomar, pero sacó el mejor puntaje en las pruebas del Icfes en el grado 11. En la ceremonia de grados (justo el día en que velábamos a nuestro padre, el 7 de diciembre de 1989) le dieron un pírrico reconocimiento: un libro insignificante para él, que rechazó indignado en público.

Después de uno o dos años empezó la Ingeniería Mecánica en la Universidad Nacional, pero no encontró allí lo que buscaba; como tampoco llenaría sus expectativas la carrera de Comunicación Social en la Universidad de Antioquia, «porque tenía un enfoque periodístico y nada de audiovisual», recuerda Nelson Restrepo.

Una mujer muy importante en su vida fue Marta Mejía Calle; novia que fue su cómplice y le dio mucho apoyo. Con Cristina recogía las monedas en un sombrero después de las proyecciones en El Callejón y en Luna Tucumana.



Foto del archivo familiar.

Por el taller de nuestro padre pasamos todos. Desde nuestra cuna vimos desarrollarse allí actividades y oficios como la mecánica, el temple de acero, la soldadura, los cortes, la lubricación, la toma de medidas; además de las herramientas usadas: taladros, tornos, sierras, sifines, cizallas, esmeriles, troqueles, palancas, piñones y alambres; y también el carro de nuestro padre.

Era muy parecido físicamente al papá y no podemos olvidar la expresión de asombro de las tías cuando lo veían: «¡Es igualito!». También se parecían mucho en las labores manuales y creativas de vieja usanza, como la carpintería, la metalurgia y la mecánica; inventando las piezas que faltaban o adaptando las que había, para lo que necesitaran. Eran muy organizados y metódicos con las herramientas, y muy creativos para hacer artefactos impensables con lo que hubiera. Así como como nuestro padre inventó su modelo de silla de peluquería mirando las extranjeras, Eladio armó y reparaba su proyector de 35 mm. Lo suyo fue el cine; y nuestro padre con su sensibilidad lo apoyó, como a todos nosotros.



Foto: Gloria Patricia Cañas.

«Siempre fue un “casasola” y un sentimental, pero de la misma forma un rebelde», según dice nuestro hermano Mauricio. Gonzalo Santamaría lo define como «una persona activa, pero silencioso, prudente, respetuoso y curioso». Gustavo Restrepo –de Otraparte–, por los días de

su muerte comentó que era «... un regalo de Dios. De risa fácil, siempre con barba a media caña, de gafas y bluyines. Amable, tranquilo, controlado, buen conversador... un bacán completo».

Su memoria prodigiosa le permitía recordar nombres, fechas, países, temas, historias... ¡Ya se lo pueden imaginar!, con su información y sus sueños. Sus parceros de Stultifera Navis le decían bromeando «El Radio»; no sé cómo salieron con eso, pues así le decía José a Consuelo: «Mandame otro muchacho, que este Radio no me sirve».

Con un cigarrillo, y un tinto o una cerveza en la mano, lo vemos a más allá del tiempo y el espacio.

Trajinado, llegaba en la noche. Descargaba, guardaba la máquina ahí, en la pieza, y volvía a salir. Pasaba la noche afuera y llegaba por la mañana... «Perdón, mamá; perdón, mamá»; caminaba hasta su habitación, que quedaba al fondo, y se acostaba. Él mismo se rebuscaba y preparaba su comida.

Era un buen fisonomista; recordada muchas imágenes de las películas y reconocía en el porte de las personas si podía confiar en ellas. Al llegar a la casa una noche, advierte que dejó los papeles en el taxi. «Ese señor me los trae», y a los tres días apareció el señor con los papeles. Ingenuo y de buenas... ¡se salvaba de unas! Otra vez llega sin papeles ni platica a la casa. Por la mañana nos llamaron de un local, y fuimos por los papeles y la platica. Cuando se levantó, ni cuenta se dio de que los había extraviado en la noche. «Buenos días», dice como si nada.

Cuenta Patricia:

Eladio me parecía muy inteligente, sensible, creativo y tenaz. Me llamaba mucho la atención su suavidad para tratar a las personas y resolver las situaciones. Muy amoroso. Su forma de apreciar y sentir tenía que ver con la serie *Heidi*, una de las primeras animaciones a las que tuvimos acceso en un canal nacional; con unas acuarelas y dibujos muy bellos, abordados con una sensibilidad humana muy bonita. Eso tiene relación con *Tumba de luciérnagas*; que, con sus paisajes preciosos, tiene una forma particular de narrar el cuidado de un joven a su hermanita más pequeña; las situaciones para sobrevivir después de haber perdido a su madre en plena guerra y solos, y cómo también se tienen que proteger de los bombardeos.

Resulta que un día me invita a ver una película. Eso me pareció muy especial y me vine desde El Retiro, y la película era esa. Cuando llegué me dijo: «Qué casualidad!, este mismo día es el aniversario de la explosión de la bomba atómica». Eso da cuenta de una conexión con un mundo más grande, más atemporal, y con todos los lugares; lo que se podría llamar *intuición* o *inspiración*. Eso, en el arte y para la vida, es bien importante: conectarse con esa red de las personas, los tiempos, los lugares. Actuar, tomar las decisiones y hacer los proyectos desde esa conexión es un don que él tenía.

Habría que ver la película, porque al contarla se pierde la esencia. Esa delicadeza y sentimiento de los dos hermanos, del uno hacia el otro, en los pequeños detalles, es conmovedora. Llegan a refugiarse como en una cueva, que se podía habitar. Pero era como muy aparte de la congregación humana; y cuando llega la noche el muchacho recoge luciérnagas en cesticos y telitas, y se las da como regalo a la hermanita. Soltar esas luciérnagas, últimas indicadoras de vida, en esa cueva es una cosa hermosísima. Ellos se quedan dormidos y las luciérnagas se van muriendo, porque el lugar está contaminado. Ellos quedan contagiados; y la niña, que es más vulnerable, muere. Eso es de una dimensión que no es lo más común para nosotros en Occidente; la manera como trascurre el tiempo en situaciones de empatía, solidaridad y hermandad; en detalles como el de un tarrito que tiene dos o tres dulcecitos, que rescataron por ahí; el cuidado de esos confiticos, y cuando se acaban los dulces y el tarrito queda untado de esos dulces; el cuidado para que la niña se tome esa agüita, con la mezcla de esos sabores... ¡eso es una cosa estremecedora!

Mi relación con él fue desde el silencio, porque nos conectábamos en la forma de percibir. Para un cumpleaños, de regalo me proyectó en 16 mm –en el salón de la casa grande en El Retiro– una película sobre el origen del cine; una cosa experimental y juguetona sobre descubrir la construcción del movimiento de la imagen. Eso nunca se me va a olvidar, porque eran cosas que me interesaban, yo hacía juguetes y esculturas con movimiento. Él veía esa indagación y por eso me dio ese regalo, algo que para mí era un tesoro.

Definitivamente, vivía en otra dimensión; que le permitía valorar el pasado, lo artesanal, lo mecánico de otro tiempo –porque esas cosas necesitan tiempo–; y a la vez lograba visualizar el futuro, y a nivel tecnológico sabía cómo se iba a trasformar todo lo del cine –la fotografía, el video–, y también se maravillaba con esas nuevas formas de hacer todo más fácil y económico. Una vez me dijo: «No se ponga a pagar por esa edición; espérese, que en unos pocos años eso podrá ser gratis y cualquiera lo podrá hacer».

Alguna vez, ya en los últimos días, estábamos reunidos, y él andaba muy callado y me preguntó: «Patri, ¿sí será verdad que en la segunda parte de la vida uno se la pasa borrando la primera parte, negando lo que afirmó y por lo que luchó, como si en la segunda parte uno hiciera lo contrario a lo que era antes?». Yo le dije: «Eso puede ser porque, si uno está viendo un asunto como desde un punto como muy polarizado, la misma dinámica lo lleva a uno a otro punto, como para tener una experiencia más completa sobre ese asunto». Como si todo eso que él era, con su proyecto Andariego, de pronto le tocara negarlo o hacer lo que no quería, como contratar con el Municipio o hacer política.

Él era un poeta. Porque una manera puede ser pensando, reflexionando desde la palabra; pero otros somos los visuales, que tenemos otro lenguaje. Hay culturas que valoran más lo uno o lo otro, según sus raíces. Ese silencio de Eladio es un silencio de poesía: vital, esencial. Si no tengo capacidad de silencio, no se me ocurre hacer eso que cuenta la mamá sobre las proyecciones con quienes eran el público en los barrios llenos de chinches, no se me ocurre contar eso a los mismos protagonistas. ¡Es lo más lindo! Que sean protagonistas y público de esas imágenes es de una hermosura que da cuenta de ese silencio.

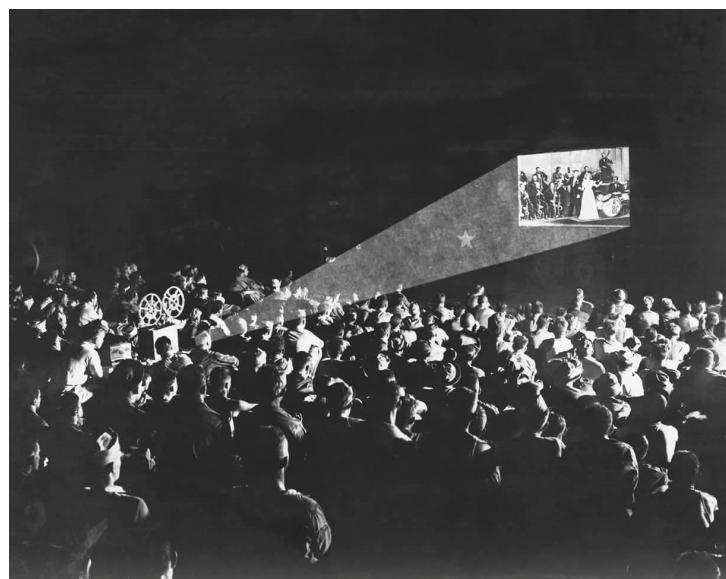
Aquí Patricia se refiere a la experiencia de un bocado poético; un evento extracotidiano, vanguardista e inédito; con el proyector, la cámara y la comunidad. Cuenta nuestra madre: «Tenía que ir a esos cajones a mirar cómo era que se quitaba la luz para después volver a ponerla. Además, mientras hacía el montaje filmaba a los del barrio, todos jugando y noveleriendo alrededor; y después de la proyección se las ponía ahí en la pantalla y a los muchachos les encantaba. Cuando ya presentaba la peli, él les ponía eso, y a los muchachos les daba una euforia

y una risa de no creer el verse ahí. Eso lo hacía aquí en la calle, y lo hacía en Perico y por esas partes donde iba, que era cuando trabajaba con el Municipio». Valoro sobremanera esta *performance* sublime de participación en las márgenes. Valdría la pena analizar ese *happening* mutlirrealista en los barrios de una ciudad en zozobra.

Pasaban los meses, y la rentabilidad esperada para Cine Andariego –la institución de la que era su único socio– no llegaba; y se la tenía que rebuscar haciendo arreglos toderos a los vecinos: tuberías, eléctricos, etc. Tanto que para ese nuevo año ya había realizado un curso de instalaciones de gas, como una opción en medio de las dificultades. Algunas señoras vecinas, con las que conversaba ratos enteros, le ayudaban para los pasajes. Al morir tenía un cheque a su nombre por quinientos mil pesos, que después de muchas gestiones nuestra madre pudo reclamar, para pagar las deudas que él tenía. Quedó a paz y salvo con todo.

Eran días de abundancia de escasez permanente; ¡imagínense!, esa esperanza de Eladio en Otraparte, cuando decía que era su alcancía, sus ahorritos y su futuro.

### El proyector



Proyección en el teatro Lido. Foto de autor desconocido.

Me pregunto: ¿qué contextos entraron en juego respecto a esa fascinación de Eladio? Fueron diversos y los voy a narrar a través de los proyectores, algunos de ellos construidos

**Corporación Fernando González - Otraparte**

Cra. 43A # 27A sur - 11 • Envigado, Colombia • (604) 448 24 04  
otraparte@otraparte.org • www.otraparte.org • NIT: 811.033.607-4

artesanalmente por técnicos curiosos provenientes de Cine Colombia. Proyectores que vienen a ser los padres, abuelos y bisabuelos de su máquina de 35.

Nos dice María Elena Giraldo, exintegrante del Cineclub Cine-Ojo de Envigado, y docente de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB):

A mí me parece muy interesante esa tesis que propones del proyector como aglutinador de las actividades del cineclub. Sí, ese dispositivo tiene algo que atraía muchísimo a los jóvenes; porque, a diferencia de los cineclubes de Medellín, que eran en un teatro de 35 (donde el proyector está encerrado en una cabina), nosotros lo hacíamos en 16, y pasó que la gente pudo ver de dónde salía eso [la película]. Eso es una cosa muy bonita, que siempre atrapa.

La proyección (en su sentido de luz emitida en la oscuridad sobre un soporte) abriéndonos a las imágenes de otros mundos, hasta los créditos y el tajante «The end». Oscuridad, penumbra de la proyección, luz de sala. El proyector es el dispositivo mediático que articula al ser con el cine, convirtiendo la realidad en las múltiples dimensiones sensibles de una red de emociones, ficciones y sueños de otros que se hace nuestra.

Buscando los referentes de Eladio en cuanto a su encarrete con los proyectores, encontramos la experiencia de técnicos de Cine Colombia ya legendarios como Ródinger Vélez. Ellos aprendieron de generación en generación, desde cuando la luz de las máquinas de cine era generada por barras de carbón; y pasando por las instituciones, los cineastas independientes, y los cinéfilos de los años 70, 80 y 90 en la ciudad; que encontraron una fascinación especial por esa máquina de veinticuatro cuadros por segundo, y que en los cineclubes era una experiencia única con el formato de 16 mm.

Eso que pasa con el proyector (como activador de la curiosidad, la imaginación, la emoción y la lúdica) fue valorado por la Corporación Cine-Ojo en la Primera Bienal de Cine Ciudad de Envigado en 1985, cuando expuso en la Biblioteca José Félix de Restrepo (aún sin terminar en ese entonces) los equipos de Guillermo Francisco Isaza Isaza; artesano del cine en Antioquia, siendo así apreciado por primera vez en su verdadera dimensión de patrimonio humano de nuestro país.

Según Óscar Iván Montoya, «a Guillermo Isaza se le reconoce por haber sido el inventor de un proyector de 35 mm con sonido magnético para reproducir y grabar en cuatro canales, la impresora de contacto para 70 mm, la cámara para rodaje de películas en tercera dimensión; además de ser sonidista de Enock Roldán y de tener cerca de veinte mil piezas, que armó a punta de lima». En el Festival Internacional de Cine de Cartagena del 2003 fue reconocido por el Ministerio de Cultura de Colombia con el Premio Nacional de Cine en la categoría Toda una Vida, cerrando con broche de oro su trayectoria de vida como inventor, que llegó a su fin el mismo año de la muerte de Eladio.

Rito Alberto Torres, Subdirector Técnico de la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, en su texto «Miradas al patrimonio audiovisual en la primavera del cine colombiano en Medellín» (2021), nos presenta así la situación:

El grupo pionero en la exaltación de las películas y personalidades del patrimonio *audiovisual*, para esa época *filmico* (años 80), tanto regional como nacional, fue la Corporación Cine-Ojo, quienes celebraron en dos ocasiones la Bienal de Cine Ciudad de Envigado –gran encuentro del cine nacional–. Encabezado por Luis Guillermo Correal, José Fernando Saldarriaga y María Helena Giraldo (entre los más destacados), este colectivo logró realizar el evento en 1985 y 1987, y dejó sembrada la simiente de la puesta en valor del patrimonio audiovisual.

Entre las actividades que ocurrieron en aquellos años, se realizaron proyecciones de cine en 8, 16 y 35 mm. A los pioneros, que se hicieron presentes porque estaban vivos, aunque ya mayores –Camilo Correa, Ivo Romani, Guillermo Isaza y Enock Roldán–, se les hizo un reconocimiento público con presentaciones de algunas de sus películas y sus testimonios, que pudieron brindar al público de forma directa.



Afiche de la primera Bienal. Obsérvese las niñas alegres y atentas alrededor de un proyector de súper 8. Luis G. Correal, 1985.

### Proyector de 16 mm de Cine-Ojo

Aunque en Envigado nos acercábamos al cine en los teatros Anaconas, Ayurá, El Dorado y Colombia, el cine como asunto local –compartido más *culturalmente*– se hace visible con Cine-Ojo en los años 80, con su proyector Bell & Howell de 16 mm. «Este fue comprado a Ukamau por \$50000; dinero recogido con la venta de papel y cartón de recicle, y de unos espejos con una serigrafía de Chaplin donados por la Marquetería La Tienda a través de Luis Fernando Correa (uno de los fundadores del cineclub», dice Mauricio Correa. Es enternecedor el ritual iniciático en el cineclub que nos relata José Fernando Saldarriaga en el *Boletín* n.º 19 de Otraparte, en su texto «El hombre al que se lo llevó una película»: «Ese día (tal vez un miércoles) Eladio se sentía como aquel niño que va por primera vez a la escuela: entre asombrado e inquieto; como el día de la película francesa, cuando lo conocí. Desde ese día jamás se separó del proyector». La película era *El miedo devora el alma*, de Fassbinder. Nando le abrió las puertas de Cine-Ojo y así las de su búsqueda de conocimiento a través de las películas; pero también las de su fascinación por la proyección y el proyector, los espectadores, los lentes y el foco, las luces y sombras, los susurros y las tormentas sobre la tela iluminada. En la oscuridad y la intimidad nace un oficio de demiurgo; ¡ímagínense!, en una sesión con Fernando el manguero y el Ajedrecista.

### Corporación Fernando González - Otraparte

Cra. 43A # 27A sur - 11 • Envigado, Colombia • (604) 448 24 04  
otraparte@otraparte.org • www.otraparte.org • NIT: 811.033.607-4

Como ya no hubo más dónde proyectar, el Bell & Howell de Cine-Ojo estuvo guardado unos años, hasta la creación de El Ágora en 1989. Se lo entregamos para guardarla a alguien conocido por todos –junto con el archivo audiovisual de toda una vida– y nunca quiso devolverlo. Por ahí debe estar.

Otro que nos enseñó a ver cine fue «Pacholo» Espinal con la Cinemateca Subterráneo, que en 1986 fue liquidada y nos dijo adiós en una casona del centro de Envigado, donde fracasó dizque «porque había sido antes una sala de velación». No sabemos si Eladio fue a la Subterráneo, pero sí que después –en La Nave– Pacholo y él compartieron proyecciones e ideas; incluso, llegó a proyectar películas introducidas por Pacholo invidente, que las visualizaba desde la banda sonora y las comentaba de memoria.

### **Proyector de 16 mm del Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM)**

Lo traemos a cuenta porque sus trajes por el año '91, cuando Medellín fue considerada «la ciudad más violenta del mundo», tuvieron una ejemplar experiencia con los jóvenes de los barrios populares de Medellín («adonde no se podría llegar con un proyector y una película»), llevando el cine-móvil a espacios no convencionales; al hombro y a la vista de todos, con proyecciones y foro incluido. El cine en los barrios como un encuentro festivo, lleno de asombro, no convencional; a la manera de lo que vino a ser luego Cine Andariego.

María Elena Giraldo cuenta:

El acto de proyectar la película se convirtió en un acontecimiento social, que a muchos pelados los llevó a un mundo desconocido. Es muy distinto a un espectador ante una pantalla, sin saber de dónde sale eso; con el proyector vivimos la experiencia de la pantalla con la máquina ahí. Cuando yo empecé en el MAMM le presentamos el proyecto a la Gobernación de El Cine al Encuentro con la Comunidad. Empecé a hacer el ejercicio en el año '91. Aquí no venía ni un brujo, ir a los barrios era una vaina peligrosísima. En la junta del MAMM esa era la gran preocupación: ¿cómo vamos a ir a los barrios Popular Uno, Santo Domingo y San Javier - La Loma? Son coincidencias muy bonitas. El museo participó en un programa con otras entidades culturales, que se llamaba El

Museo: Un Aula Más en la Vida de los Estudiantes. «Eso está muy bonito, pero no se puede hacer», aunque finalmente me dieron el visto bueno. Lo que yo hice fue aprovechar a unos muchachos de La Iguaná que se habían integrado al museo, enfocados a organizaciones juveniles. Me conectaron con La Ponce en el Popular, un negocio de salsa al que llegaban los pelados de todos los combos. Era un lugar de paz, neutral. La salsa en la Comuna Nororiental y el metal en la Occidental. Yo he tenido el gusto por la música.

Buscando películas me encontré con los viejitos de Procinal, que eran distribuidores y no tenían lo que tienen ahora. Manejaban una cantidad de películas en 16 mm, documentales sobre Benny Moré y conjuntos cubanos... un nicho de películas para esos jóvenes. «¡Hagamos un ciclo en La Ponce!».

««Cómo van a ir allá!». «Voy acompañada con los muchachos». Me fui en el carro con el proyecciónista del museo y un muchacho. Cuando llegamos allá, a Manrique, antes de entrar al barrio –donde otro muchacho nos esperaba– nos pararon: «Entra usted y entra el proyector». Ni modo de devolvernos. No me acuerdo cómo se devolvió el proyecciónista. Llegamos al lugar de la presentación con la experiencia y con todos los elementos. La sensación mayor en esos pelaos siempre fue el proyector; la película era secundaria, siempre fue el proyector. Usted armaba y eso era un montón de gente impresionante, fascinada con esa máquina. Si yo no hubiera tenido la relación con el proyector que tenía en Cine-Ojo, donde todos nos desenvolvíamos con eso –proyectábamos, y hacíamos la presentación y la discusión «Memo», José Fernando, «Chalo»...–. «Ese programa se daña, no se puede hacer». Es ahí cuando valoro un capital muy interesante ofrecido por nosotros: los cineclubes de 16 mm. Llegamos al sitio de salsa y se proyecta la película; lo que más impactó a los muchachitos y los pelaos... pues yo sabía que el proyector generaba una atracción. De esa vivencia en esos barrios el protagonista era el proyector. Eso no sucedía en Cine-Ojo, porque el ritual del cineclub es distinto: ciertas películas y un público en un ritual diferente; con otra postura, con cierto asunto como intelectual, una diferencia abismal.

Otras organizaciones de la ciudad emprendían también acciones enfocadas a los jóvenes; como la Corporación Región, que realiza a finales de los 90 la Temporada Juvenil de Cine; que llevó una inmensa y variada cartelera de cine a los barrios populares, como otra manera de narrar y reconocerse en el mundo. Allí Eladio jugó un papel clave, porque conocía a todos los proveedores de películas; sabía cuándo iba a llegar la que a él le interesaba, y cuándo podía pasar por ella para presentarla y moverla.

Allí se encontraron varios jóvenes, que decidieron conformar un grupo llamado Primera Mirada –la más limpia y descontaminada–; propuesta de Diego León Ruiz, uno de los integrantes, para participar de la Fábrica de Proyectos Juveniles; que era también de la Corporación Región y que coordinaba nuestro otro hermano Juan José. Allí recibían capacitación, asesoría y apoyo en especie para que gestionaran los proyectos más variados, ¡hasta cine! El apoyo que recibieron fue el Taller de Cine para Aterrizar Sueños, dirigido por el maestro Dunav Kuzmanich; que trabajaba desde la idea, los cuadros de preproducción y el rodaje, hasta la edición; y con pocos recursos se organizaron tres grupos, que realizaron sus proyectos con vestuario, locaciones, fotografía, luces, sonido...

De allí salieron los cortometrajes *El opio del pueblo*, *La última cena* y *Cara y crisis* (1999); este último, un corto de 24 minutos, de Nelson Restrepo, Paula Benítez y Eladio, en formato Betacam SP60. Los tres hicieron el guion, Nelson la dirección, Paula la producción ejecutiva y Eladio la producción de campo. Se rodó en el municipio de La Estrella, una cuadra arriba del parque, y se editó en sistema analógico en los estudios de televisión de la Universidad de Antioquia. *Cara y crisis* (una moneda de quinientos pesos que pasa de mano en mano) se proyectó en varios lugares, como La Nave. Fue nominada a mejor corto colombiano y con ella participaron en el Festival de Cine de Cartagena, y otro en Bogotá.

Posteriormente, con Nelson y Dione Valencia, Eladio realiza *A cuatro manos*, un corto en formato  $\frac{3}{4}$  y editado con el programa Adobe, que rodaron en La Casa de las Tías, un bar al lado del Teatro Municipal de Envigado.

Eran amigos todos ellos. Nelson venía de Sonsón y, mientras estudiaba Sociología en la U. de A., se conocieron en Región. Aunque Nelson vivía en Manrique, pasaba de viernes a lunes en Envigado. Amanecía en el cuarto de Eladio fumando, leyendo, viendo películas, analizando

imágenes y compartiendo ideas sobre lo que querían. Podían verse varias veces una película que les gustaba. Se reunían en la casa. Eran muy queridos; especialmente Diego, que tenía el pelo largo. Tiempo durante el cual Eladio tomó la decisión definitiva: vivir del y para el cine.

### **Proyector Portátil de 35 mm del MAMM**

Cuando en el MAMM se dieron cuenta de que se agotaban las películas de 16 mm y que no se encontraban cintas para los jóvenes (tal vez sólo las de *Viruta y Capulina*), se vio la necesidad de conseguir un proyector portátil de 35 mm. María Elena Giraldo se conectó con un vendedor de EE. UU., pero el MAMM no tenía recursos; entonces, buscó a don Guillermo Isaza, a quien había conocido en la Primera Bienal, y le dijo: «Estoy haciendo esto, pero necesito proyectar en 35 mm, ¿usted qué me dice?». «Yo creo que se puede, pero hay que construirlo, vamos a construirlo», y la contactó con dos viejitos de Cine Colombia, que por el año '92 armaron un proyector hecho «con platinas soldadas. Era hasta muy bonito. Pesaba un jurgo. Era el proyector de una sala de cine, que adaptaron para ser móvil con una estructura que tenía que desarmarse. Recuerdo que la primera presentación con ese proyector se hizo en San Javier - La Loma; fue *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, de Robert Zemeckis (1988), que recorrió casi todos los barrios. Esa película la pedían y la pedían. Pelaos que ya la habían visto iban a otro barrio para volverla a ver, fue todo un suceso», dice María Elena. Ella le cuenta en segundos al alcalde Jorge Mesa Ramírez su experiencia en Medellín en los barrios, y él dijo: «Presentemos eso en Uribe Ángel». Y lleva el proyector del MAMM para esa función con Cine-Ojo, que a la larga sería decisiva en ese camino del cine en los barrios de Envigado. Se apagaron las luces en el sector, y sobre una lona de tela costeña Cine-Ojo hizo la proyección de *Annie*, película del '82 dirigida por John Huston, con coreografía de Arlene Phillips.

Fue un éxito rotundo; mucha gente, mucha novedad, mucha emoción. Cuando fuimos a contarle al alcalde sobre el éxito en el barrio, nos dijo: «Ya me di cuenta. Entonces, compren también el proyector portátil. Así tuvimos dos proyectores: uno para la sala y otro itinerante», recuerda María Elena con emoción. El portátil dio palo unos meses más hasta que se tostó.

## Proyector portátil del Municipio de Envigado (1992-96)

La alcaldía de Envigado se contactó con María Elena para la compra de los equipos y la adecuación del Teatro Municipal para el cine. Cuenta ella:

Buscando un proyector, yo ya había empezado a hacer contactos en Miami con un señor gringo superquerido. El museo no tenía fondos. Él me decía: «Déjame yo voy, miro y les explico». Siempre tuvo muchas ganas de venir. Cuando aparece lo de Envigado nos volvimos a contactar y le dije: «Hay una posibilidad de llevar dos equipos de 35 mm; dígame, porque no es lo mismo el equipo de sala que el portátil». «También tengo el equipo portátil», me dijo. Vino a Envigado y visitamos el teatro. Recuerdo que dijo que una de las cosas más interesantes es que era muy raro ver una sala que tuviera tan buen tiro de proyección, porque generalmente en los teatros multipropósito eso no se cumple. Habló con Jorge Mesa y cerró el negocio con el Municipio.

Resulta que el portátil era ensamblado en China y por un desastre natural en la bodega donde los construían se demoró mucho para llegar. El alcalde preguntaba inquieto por él; y el gringo también estaba desesperado, porque ese portátil no llegaba. Mientras los proyectores llegaban, el alcalde me preguntó: «¿Y quién va a manejar eso?». Volví a mis contactos de Cine Colombia y a Guillermo Isaza; quien me recomendó a Rödinger Vélez, proyeccionista y técnico de Cine Colombia. Él aprovechaba algunos ratos en que no había *full* programación para venir a Envigado. Todo el montaje lo hicieron ellos, los gringos; y cuando llegaron, Rödinger ya estaba contratado, y él a esa altura ya tenía la lógica de todo. Ahí pensamos que a Rödinger había que ponerle un pelao para que aprendiera, y llevó a Mauricio, su hijo; y seleccionó a Eladio, a quien siempre le gustaba más afuera que adentro, siempre me dio esa impresión. El Teatro Municipal se estrenó en el '93 con *La estrategia del caracol*, de Sergio Cabrera (1993).

Cuando Eladio llega a ese proyector del Municipio ya tiene una experiencia: ha pasado por Cine-Ojo y Región, y el aprendizaje con Duni; y con Rödinger accede a una memoria y unas prácticas, a las curiosidades y saberes trasmítidos oralmente en los teatros que ese señor recorrió, y con

proyectores que reparó. Cuando era apenas un niño, Ródinger recogía las *vistas* entre los desechos de los teatros; las recortaba, les ponía luz y un lente, y en una cajita las proyectaba, y también en la pared; y los vecinitos pagaban para ver los personajes de las películas. También trabajó (no se sabe cuántos años) en el teatro parroquial Anaconas, de Envigado.

Eladio estuvo proyectando en las calles del municipio bajo contratos por meses, y aportando el resto del tiempo por su propia iniciativa. Además de las funciones oficiales, Ródinger le prestaba el proyector para las funciones que programaba por su propia cuenta. «Muy naturalmente se dio que Eladio se encarretó con el portátil; era muy proactivo, se sentía como dueño de eso», recuerda María Elena, que también se salió del municipio en el '96.

Por su excelente gusto, el contacto con las distribuidoras y el gran logro con el proyector del Municipio, lo invitaron al Festival de Cine Santa Fe de Antioquia, donde presentó también una película en la cárcel.

Recuerda Luis Guillermo Correal que por el año '96 programaron, con el proyector del Municipio, un ciclo en El Ágora, junto con la Escuela Nacional Sindical. Y cuando de Cine-Ojo lo llamaron para ese proyecto, Eladio dijo que no podía; tal vez ya tenía la idea de construir su propio proyecto.

Esas fueron las últimas funciones con ese proyector; el cual, después de ser mantenido y cuidado por Eladio desde su compra, quedó abandonado y desmantelado por muchos años en una bodega del Municipio. Recientemente supe que por suerte fue entregado a la Corporación Otraparte, que siempre ha querido hacer algo con ese y otros equipos que están bajo su custodia.

### **La máquina de Cine Andariego**

La hizo aquí en la casa y nuestra madre lo recuerda así:

Ródinger le enseñó los repuestos, pues le decía que «las máquinas antes eran de esta y esta forma; las que desecha Cine Colombia por los cambios en la tecnología las llevan a una chatarrería». Entonces, él va y los compra; los compraba con el interés de hacer una máquina para presentar cine callejero.

Fueron muchos los ratos en el teléfono, que tenía una extensión como de diez metros para poderlo tener a la mano, ajustando los detalles de una bombilla; que si redonda o cuadrada, que si más grandecita, de pulgadas o milímetros, «la suya es de tal calibre». Bombillas escasas; buscando por teléfono, hasta que las encontraba. «Está en tal almacén del centro, vale tanto», y salía por ella. «Sí, esa era», decía él.

Hizo su máquina con Ródingier. Yo no sé si todo lo compró; los resultados de las chatarrerías, porque él tenía la idea de las chatarrerías. Era mucho que arreglar, y todo eso se hacía con hierros que compraba; entonces, eso ayudó a que él hiciera un monumento, una cosa extravagante, y con mucha risa y susto cuando la pusieron a funcionar. Era grande y pesada, y tenía que pagar mucho por el trasporte. ¿Por qué decir que cine callejero?, eso de callejero no tenía nada; porque eso era muy pesado, mucho *armatoste*, esa es la palabra.

Recibió el apoyo de Iván Granados, que arregla computadores y también era curioso con la literatura. Iban a Bogotá juntos; aprendió a dormir y a comer por allá, en esas cosas. La construcción de la máquina, y las películas que en la embajada se las prestaban sólo a él, y él se las tenía que devolver a la Embajada de Japón. Esas películas las ponía él nada más.

Había muchachos o personas que en eso le ayudaron a Eladio (a trasportar, a llevar), su logística, pues él siempre era solo con todo eso; el señor del carro que le ayudaba y el apoyo de La Nave de los Locos.

### **Stultífera Navis, su segundo hogar en Envigado (charla con Lina Restrepo y Hugo Mejía)**

Los fundadores de La Nave fueron Sergio Restrepo y Hugo Mejía, que venían de Paz de Mentes y se conocían desde que trabajaban en el Éxito. En el sótano estrecho de la casa de Sergio tenían un cineclub de amigos; donde veían películas en un televisor gordo, tomaban canelazo y conversaban. Se encuentran con Lina Restrepo, que llega a Imaginarte con un amigo que los conoce. El amigo se va y ella sigue yendo y yendo; se fue quedando y ayudando, también con

Gabriel y otros. Como al año, cuando la familia de Sergio se cambió de casa, porque se fueron a vivir a un apartamento, tomaron la casa y entre los dos pagaban el arriendo. Abrieron Stultifera Navis con las manos, y con la idea de hacer lecturas, películas, exposiciones y conciertos.

Cuentan Hugo y Lina:

Eso fue creciendo, creciendo, y llamando como una bola de nieve, y en esa bola se ensartó Eladio. Cuando empezamos a proyectar películas lo hacíamos con un *video beam* prestado; y luego, buscando cómo comprar uno, en Luna Tucumana nos hablaron de Eladio, que nos llevó a alguien que tenía uno y se lo compramos. Con ese proyectorcito, que nos valió como \$500 000, presentábamos las películas. Un día llegó y nos dijo: «Vean, muchachos, yo tengo estos proyectores, hago estas proyecciones, hagamos las películas acá». Él tenía dos proyectores de 16 mm. Primero nos presta uno, al que le falta una bombilla y la compramos en La Nave, yo era la administradora. Pedíamos las películas de la Embajada Alemana, como de Wim Wenders.

Hugo: Me acuerdo de una muy mala, mala, como de diez minutos; unos manes sentados ahí, sin hacer nada. Con el otro proyector tenía programación en otros lugares, con donación voluntaria. Empezó a programar y un año después trajo su proyector de 35 mm, y el segmento de cine de La Nave lo empezó a tomar. Con La Viga en el Ojo, Miguel Rivas trae a Kusmanich, y con él hicimos un montón de cortometrajes.

Para esos tiempos Sergio y yo estudiábamos Sociología, y Eladio Ingeniería Mecánica; pero, como estábamos en una época de rebeldes, ¡a la mierda la universidad!, y no terminamos. Ya estamos metidos en esto y vamos es para acá.

Lina: La primera máquina que vi, de esas, la vi con él. Eso de Eladio era muy charro, él llegaba con esas cosas allá y me ponía a cargar los aparatos, «¡agarrre, agarre!». ¡Y corra! Se quemaba la bombilla y decía: «¡Ya vuelvo!», y al ratico llegaba con la otra. No sé de dónde sacaba bombillas.

Hugo: Pues de la casa, que allá tenía una mano de güevonadas. Esos momentos con él eran como un Chaplin en cámara rápida, hasta que empezaba la película y todo volvía a la calma.

Lina: Con él aprendí a empalmar las cintas cuando se reventaban. Pasaba el día con esas máquinas, ahí desbaratadas; repuestos y herramientas. Recuerdo esa película en el Amazonas, *Aguirre, la ira de Dios*, de Werner Herzog (1972).

Algo que me impresionaba cuando lo conocí [recuerda Hugo] era esa claridad; cuando ese *man* llegó allá solamente hablaba de cine, solamente pensaba en cine. Hacía proyecciones de cine y no pensaba en nada más, ni quería saber de nada más. Uno lo veía tan claro: estaba loco, pero estaba enfocado. Esa pasión por el cine nunca la vi en nadie más. Se echaba esos proyectores al hombro, no le importaba si tenía plata o no tenía plata; lo único que le preocupaba era tener buenos los proyectores, arreglarlos, conseguirse el otro lente, no le preocupaba nada más.

Primero le enseña a manejar el proyector a Sergio y a Hugo, que van conformando el primer combo de Cine Andariego, con Laura Cardona y Gabriel Lopera.

Hugo también recuerda *Tumba de luciérnagas* (Isao Takahata, 1988): Esa película me dejó doliendo el alma para toda la vida, la presentamos en la glorieta del lado del hospital. Tal vez la película más emblemática presentada por Eladio. Otra es *El tambor de bojalata* (Volker Schlöndorff, 1979).



Enredo de cinta en el piso, en la sala de proyección de La Nave.

Sergio y Eladio al fondo, y a la derecha Hugo, algo preocupado.

El 10 de abril del 2002 se realizó la asamblea de la Corporación Otraparte con cincuenta y siete integrantes (muchos de ellos provenientes de La Nave), donde Gustavo Restrepo fue nombrado como director. Desconocemos las razones de Eladio para no participar. Con él venían programando cine; y el Café, que fuera un centro cultural. Pasaban y veían esa casa cerrada y pensaban: «Cómo hacemos para que el Municipio nos la entregue». Eladio nunca fue corporado de Otraparte, él buscaba su propio *corpus*.

Eladio y Sergio Restrepo fueron grandes amigos. Compartieron, trabajaron y se respetaron. Cada uno con su furrusca, se complementaron en la ideación, gestión, curaduría y proyección. En Otraparte hicieron su último ciclo: desde *Los amorosos* (Catherine Corsini, 1994), el 23 de octubre del 2002; hasta *Justicia* (Hans W. Geissendörfer, 1993), en diciembre del 2003.

Recuerda Gustavo Restrepo:

Después de los Miércoles de Cine, que siempre han sido para el cine en Otraparte, le ayudaba a desarmar, bajar la pantalla, organizar cables, herramientas y repuestos para una emergencia, y lo subía a La Nave. Allá charlábamos y nos

### **Corporación Fernando González - Otraparte**

Cra. 43A # 27A sur - 11 • Envigado, Colombia • (604) 448 24 04  
otraparte@otraparte.org • www.otraparte.org • NIT: 811.033.607-4

tomábamos una cerveza. Así me fui involucrando mucho con Eladio y con La Nave, a la que me llevó Sergio en el 2002.

Jairo Eduardo Montoya Moncada, y su sobrenombré «Limonada»; porque creo que eso era algo que siempre pedía, pues no tomaba licor. Fue uno de los miembros fundadores de la Corporación Otraparte. Es decir, fue uno de los de Stultifera Navis que llevó Sergio para hacer barra en la asamblea de constitución. Y ahí empecé a conocerlo. A veces llegaba a Otraparte en su motocicleta y me pedía prestado un libro de Pessoa, para leer en el segundo piso. También era asiduo a Cine Andariego, e incluso le servía de transporte cuando Eladio tenía que salir de afán hacia La Nave a recoger algún repuesto. Un día en La Nave, Jairo señaló a Eladio y me dijo que lo quería mucho. Y otra noche, después de Cine en Otraparte, llevé a Eladio a La Nave, pero no me bajé del carro. Vimos un corrillo, donde estaba Jairo; así que paré un poco más adelante, pues tenía afán y si me ponía a conversar me enredaba. Más tarde mataron a Jairo en otro lugar de Envigado, parecido a La Nave, pero no recuerdo el nombre en este momento. Eso fue el 7 de octubre del 2003, y Eladio murió también tres meses después.

### **De lo analógico a lo digital**

María Elena apunta:

Una de las cosas que me parecen más bonitas de nuestra generación, y Eladio es un ejemplo de esto, es que nosotros somos una generación de la transición de lo analógico a lo digital. Y eso no es menor, tiene una incidencia en la comprensión técnica y estética de todas las formas expresivas. Es el caso de Eladio, que era un artesano del audiovisual, de lo analógico y lo digital; que podía poner a conversar esos dos mundos en una época en la que lo digital le estaba dando muy duro a lo analógico. Para los años 90 ya se podían hacer digitalmente esas mezclas imagen-sonido, había *software* para eso; donde lo que se grababa se podía editar y mezclar. Hoy estamos viviendo un retorno de lo analógico.

De alguna manera, los mismos procesos técnicos de actualización de lo analógico a lo digital asumidos por Eladio los encontramos en el Laboratorio de Fuentes Históricas de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Sede Medellín; que ha debido actualizar el formato de la película *Cara y crisis* (1999, Betacam SP60, edición analógica) que encontramos allí. Muchos recuerdan haberla visto. Tengo la imagen de una tienda lenta, densa, pero perdida la esperanza de encontrar la cinta. Fulvia Márquez, quien trabajó en el Programa de Juventud de la Corporación Región en esa época, nos ayudó a localizarla.

Eladio bajaba de La Nave cuando cerraban, después de las dos de la mañana, y se le aparecía en la esquina de la Cabaña del Recuerdo a Carlos Mario Restrepo, su propietario, quien dice: «Amanecíamos ahí sentados, fumando cigarrillo y charlando de todo». Compartieron el gusto por la música y las máquinas analógicas: traganíqueles, y tornamesas de 78, 45 y 33 r. p. m., y las agujas y motores. Eladio al tanto de los nuevos dispositivos, formatos y soportes; y Carlos Mario que siempre fue reacio a eso, y se mantiene con sus acetatos, tornamesas y amigos.

Gonzalo Santamaría fue fotógrafo, y docente lasallista toda una vida; buen vecino y sabedor para compartir, silencioso y moderado como Eladio. En su cuento eterno de la fotografía de lo que ha permanecido: casas, calles, personajes, fiestas, patrimonio, paisajes. Siendo mucho mayor, recibe a Eladio, que está fascinado con lo de la *demolicie* y le propone a Gonzalo que le ayude en el trabajo sobre la demolición de Envigado. Conversan en la casa de Chalo y también salían caminando para hacer el registro. «Con una cámara de VHS, que incluso llegué a prestarle, y luego con otra que se consiguió. Me pareció muy curioso ese muchacho con esa inquietud: registrar la destrucción antes de que acabe con todo; y tan respetuoso, tan cauto conmigo», dice Gonzalo. Parece que eran tiempos de ventura, porque nuestra madre y Cristina lo acompañaron a El Hueco a comprar esa cámara de video; que valió más de \$100000, un platal.

Se la rebuscaba haciendo filmaciones y reparaciones, y poniéndole música a películas que le entregaban, en formatos de 8 y 16 mm, y en VHS y Betamax (deterioradas, humedecidas y comúnmente con hongos), y las entregaba en un CD. Esos formatos fueron los últimos sistemas analógicos de grabación y reproducción de video populares; utilizados desde finales de los 70 hasta su progresiva sustitución por el DVD hacia principios de los 2000.

Está caminando desde las cintas de 8, 16 y 35 mm, que para cambiarles el formato había que proyectarlas y filmarlas en video. Se grababa aparte el audio y después se mezclaban. Para 1984, unos atrevidos ya editaban un corto documental en beta: *Por una cinemateca para Envigado*.

### ¿Qué cómo lo encontramos?

*Solo, como tantas veces, en medio de la penumbra; único testigo de un milagro capaz de romper las fronteras del tiempo.*

Lucía Estrada

Última secuencia:

Exterior: cancha de Curtimbres. Noche/amanecer.

Iluminación: penumbra en aceras y calles, campo abierto, sombras recortadas sobre la arena, humo y polvo. Claroscuro expresionista que deviene fatal.

Personajes: Eladio, Jinetes del Apocalipsis, vecino, funcionario de inspección, Juan José.

No fue asesinado por motivos políticos o ideológicos, ni por alguna deuda o altercado, y mucho menos por una herencia. Sobrellevando las resacas del fin de año, por fuera de la casa desde el 31, muy seguramente al encuentro con unas amigas de Sabaneta, como animal nocturno salió a caminar. Tal vez un poco extraviado, esperando el amanecer, va llegando a ese escenario del fútbol: la cancha de Curtimbres en Calle Larga, la única que hubo en Sabaneta; malita, por momentos sudorosa y polvorienta; multitudinaria con los mejores partidos que se hayan jugado en ese sur, muchos antiguos de Envigado jugaron allá. Lámparas son su dejo amarillo sobre la arena, hace mucho que no llueve. ¿Quién se atreve a pasar por allí a esa hora?

Eladio: símbolo de una utopía de humanidad, claramente diferenciado del resto de mortales hasta el martirio. En aquella noche del 3 al 4 de enero sigues deambulando; noche eterna, que es la vida en tu presencia por siempre.

Los Jinetes del Apocalipsis cabalgan como «machos cabríos» por esos parajes. Unos manes, los mismos dueños de la noche y la cancha, se lo encuentran; le charlan, le piden, se lo van gozando con sevicia en el juego macabro, que obtiene como trofeo el despojo de aquel hermoso y valiente muchacho. Y lo abandonan apuñalado, torturado, arrastrado y degollado en el centro del campo; exactamente, en el punto de saque. Liberado para un nuevo rodaje al empezar el día.

Cuando todos se han marchado, estás ahí tirado. Nadie vio, nadie supo nada. La cancha se estrecha. No ha quedado ni el polvo.

El 4 de enero del 2004, a las 8 y 40 de la mañana, fue reportado por un vecino el caso de un cuerpo sin vida en la cancha de Curtimbres, sector de Calle Larga, en Sabaneta. Ya desde el 1 y el 2, de manera más insistente nuestra madre me preguntaba, conocedor un poco de sus vueltas y amigos, qué sabía. No hay noticias entre hermanos y conocidos, toca buscarlo en hospitales e inspecciones de policía. Juan José se ofrece; llama aquí y allá, y por unos rasgos generales que le dan en la inspección de Sabaneta se dirige hacia allá y llega. El empleado le presenta un manojo de llaves. Juancho saca las suyas y las compara. «Esta es la llave de la casa, es él», susurra frío.

No lo hemos podido encontrar, más bien lo seguimos buscando; cofradía de iniciados ante su martirio, que ahora se hace sublime.

Con apenas 33 añitos, joven hermano mío, ya no hay ni resaca.

Lento final, *blackout*.

Oscuridad.

Luz blanca intensa. Buenos días.

HOMENAJE EN LA CASA MUSEO OTRAPARTE

SEPTIEMBRE 26 DEL 2024

**Corporación Fernando González - Otraparte**

Cra. 43A # 27A sur - 11 • Envigado, Colombia • (604) 448 24 04  
otraparte@otraparte.org • www.otraparte.org • NIT: 811.033.607-4